

SEGUNDA PARTE

DE MI VIDA

Introspecciones

I

LA SORPRESA

Innumerables veces se ha citado aquel pasaje de *La Ilustre fregona* en que, por boca de Carriazo, se pondera, con un hecho digno de llamar la atención, el espíritu de errática libertad y de aventura que caracterizó al español de los siglos «de oro», legítimo heredero del que formaron, con su férrea disciplina, los tiempos medioevales. Las almadrabas de Zahara—dice Carriazo—son el «finibusterre de la picaresca» y á ellas «van ó envían muchos padres principales á buscar á sus hijos y los hallan, y tan sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á la muerte».

Si se examinan las diferentes manifestaciones que aquel espíritu aventurero tuvo, se le hallará movido por muy diferentes causas, á veces reunidas en un sólo hecho. Porque no es suficiente, para explicarse el gran número de hidalgos y nobles de primera categoría que en el siglo XVI nutrió los célebres tercios, la razón económica—por algunos autores tenida como única—ni el sentimiento patriótico ó de orgullo militar; como no basta, para comprender la espléndida floración de conquistadores y descubridores con que España cubrió

rápida-mente casi todo el Nuevo Mundo, el motivo de codicia que tanto han cacareado los historiadores extranjeros, como si á los colonos y *pioneers* de las demás naciones les hubiese movido tan sólo el gusto de pasearse por tierras nuevas y no siempre hospitalarias. Algo más que todo eso había; y ese algo más, que se advierte por modo clarísimo en aquellos muchachos de familias principales que trocaban la vida doméstica holgada (ó, por lo menos, de segura satisfacción en las necesidades fundamentales) por la vida azarosa, llena de privaciones, sobresaltos y miserias, del *picaro*, es, ni más ni menos, esa comezón aventurera, ese atractivo irresistible que para los más de los españoles tenía el movimiento, la novedad, la sorpresa del día de mañana, la incertidumbre de lo futuro y el posible hallazgo de ventajas, premios ó situaciones las más fantásticas y extraordinarias que la imaginación podía concebir.

No creo yo, en manera alguna, que esos sentimientos y amores hayan sido cosa peculiar y exclusiva del alma española. En general, pienso que hay pocas cosas *exclusivas* de un pueblo determinado; por lo menos, es seguro que no lo son muchas que se tienen por tales, y de ello conozco pruebas concretas. He visto americanos —americanos del Norte, por supuesto—quedarse maravillados de encontrar en gente española modalidades de carácter que ellos juzgaban como atributo típico y singular de su raza. Y es que todos propendemos á formarnos una representación ideal y convencional, puramente arbitraria, de las clases sociales y de los grupos humanos; y de ahí los mentís frecuentes que la realidad nos proporciona. Pero hecha esta reserva, no tengo inconveniente en conceder que, tomado en conjunto, el español de los siglos XVI y XVII ofrecía uno de los tipos más acentuados y representativos del carácter aventurero.

El cual—como sucede á muchas cosas de las fundamentales en la psicología humana, ó, por lo menos, de las que nos parecen fundamentales é irreductibles, sin que yo me propase á fijar el porvenir,—perdura hoy y se declara en manifestaciones más pacíficas y *burguesas* que las de antaño, pero de no menos evidente significación. No sería difícil puntualizar, en nuestra vida política presente, en la historia toda del siglo pasado—tan aventurero (y Galdós ha sabido ver con gran claridad esa faceta del espíritu español en la centuria XIX), pruebas de la vida robusta que esa *supervivencia* tiene entre nosotros. Pero yo quiero prescindir por hoy de esos testimonios colectivos; y en vez de dar el análisis del alma nacional, prefiero dar el de la mía propia, dedicando un ratito á la introspección que, para muchas cosas de la psicología, es (como ya mostraron Sanz del Río y Balmes juntamente), uno de los procedimientos más seguros y fecundos.

Difícultó que pueda darse una vida más metódica y pacífica que la mía; y sin embargo, allá en lo hondo de mi espíritu, continúa incommovido el estrato aventurero, que en mí tiene manifestaciones literarias, deportivas y... filatélicas. Suplico al lector que no crea que esto es una bromita de verano. Procedo á la correspondiente explicación.

Literalmente, mi supervivencia, arcaísmo ó salto atrás aventurero, se expresa en el placer que me causa la lectura de las novelas del tipo Fenimore Cooper—Julio Verne y de los libros de viajes. Ya sé que, haciendo esta confesión, me enajeno el respeto y la simpatía de los varones graves de la literatura, que creen incompatible saber gustar las bellezas de Homero y Goethe, con hallar interés en seguirle la pista al capitán Hatteras ó á Enrique Stanley. No me preocupa gran cosa ese juicio. En materia de placeres intelectuales, creo que, cuanto más amplio sea el horizonte, tanto mejor. Si á

mi me entusiasman ó entretienen—no de igual modo, claro es—el *Wilhelm Meister* y *La Odisea* (*La Odisea* más que *La Iliada*, por supuesto), *Cien mil leguas de viaje submarino* y *The Time's machine*, eso, salgo ganando; aunque la complejidad de espíritu que eso significa, sea, para algunos, motivo á sospechar que algo infantil me queda en el alma y, por tanto, que no he llegado al máximo de *seriedad* requerida en las altas esferas intelectuales. Podría, en descargo mio, citar casos de varones ilustres, de investigadores de ciencia probada, á quienes les pasa lo mismo que á mí; pero no quiero escudar mi flaqueza—si lo es—con la revelación de nombres propios que quizá no gustarian de verse descubiertos. Conste pues, tan sólo, que ese placer que yo experimento con la lectura de libros de viajes y aventuras, lo tengo por manifestación (puramente platónica, debo declararlo, pues me considero incapaz de emular á Livingstone y á Miguel Strogoff, dado que soy algo comodón y sensible á las privaciones) de la repetida supervivencia, ó lo que sea.

Deportivamente—ó como deba llamarse eso en buen castellano—encuentro otra manifestación de la misma, en mis aficiones de caza y pesca. Dos cosas me atraen principalmente en esas diversiones: el placer de lo que llamaríamos descubrimientos geográficos y estéticos si las tales palabras no fuesen demasiado sublimes para el caso,—y el de los *hallazgos* que ambos ejercicios procuran; es decir, siempre, *la sorpresa*, lo nuevo, lo que no se conoce ni se sabe qué será. Escalar un montón desconocido; seguir direcciones apartadas de las sendas habituales; penetrar en un bosque ignorado y lleno de misterio; descubrir una cañada solitaria en que nunca estuve; ver saltar de entre mis pies, inesperadamente, un animal cualquiera, cuanto menos previsto, mejor; dominar panoramas que nunca vi, son plácemes que prefiero al bárbaro placer de *matar piezas*,

Cuando, bambú en mano, dejo hundirse en el agua oscura ó cristalina, el anzuelo, lo dramático é interesante está, para mí, en la incertidumbre de lo que allá en el fondo pasará y de lo que de allí podré izar á tierra cuando menos lo espere. ¿Será una lubina, un congrio monstruoso, una raya, un robadallo...? Prefiero lo raro, lo heteróclito, lo que sorprende, á lo conocido y seguro; y las horas se me pasan, emocionantes, en la espera de la novedad que de pronto, tirando desesperadamente del anzuelo, va á proporcionarme instantes de aventurera fruición.

Si recorro la costa accidentada, saltando de roca en roca, á las horas de baja mar, mi placer más grande es enfrascarme en los sitios poco visitados, hallar cuevas recónditas y oscuras, pozos misteriosos, isletas desconocidas, y escudriñar los rincones y anfractuosidades en busca de la sorpresa que nunca suele faltar: el crustáceo enorme que espera en un charco más ó menos profundo, á que vuelva la marea; el pez, á veces grande, que se quedó rezagado en una poza; el pulpo traidor que, al atractivo de un cebo, avanza afanoso sus tentáculos y al fin embiste impetuoso, saliendo de su escondite. Por sus peripecias, por su movilidad, por sus lances variados, prefiero estas exploraciones y pescas á la paciente y filosófica, sedante y muelle, de la caña y el sedal. No ambiciono más ó menos productos, ni me ufano vanidosamente con los triunfos, como los verdaderos aficionados. Aunque nada coja, el placer no es menor; me basta una de esas cuevas de fondo arenoso ó lleno de piedras; uno de esos hoyos adornado con la brillante y variada vegetación de las algas, más rica en colorido que los bosques terrestres; una peña adornada con el viviente tapiz de las actinias y las estrellas de mar, para sentir el estremecimiento que la novedad y la belleza producen.

El correo es, también, una manifestación de mi

pervivencia novelesca. Lo aguardo con impaciencia todos los días. ¿Por el periódico habitual, por la carta esperada? Más que por todo eso, por la sorpresa: el libro nuevo, que á veces llega de muy lejanos países, la carta en que no pensé, la noticia que rompe el ritmo normal de la vida. Si no trae más que lo ordinario, lo conocido, mi primer movimiento es dejarlo sobre la mesa con desencanto, y, en mi interior, reniego del cartero que no me lleva la apetecida novedad, la cosa insólita que me seduce.

Y ahora considerad, amables lectores, que todo eso le pasa á un hombre pacífico y metódico, normalmente ocupado en investigaciones que obligan á un rigor crítico grande, á una escrupulosidad minuciosa en la apreciación de los hechos, y que cree haber dado algunas pruebas de serenidad y de imparcialidad en materias que suelen arrastrar á las gentes apasionadas; y decidme si la contradicción que de aquí resulta, no legítima la creencia en un estrato arcáico, perdido en un mundo de muy distinta naturaleza, y que perpetúa manifestaciones psíquicas reñidas con lo que parece característico y esencial. Si no es, como algunos piensan, que en todo hombre late, más ó menos escondido, ese amor de la aventura y la novedad, que sólo espera un momento propicio para manifestarse, á veces, con sorpresa del mismo interesado.

II

ANTE EL AÑO NUEVO

Pese á la repetición constante de la literatura de *fin de año* y de *año nuevo*, preciso es reconocer que la inmensa mayoría de los hombres se preocupa poquísimamente

de ese tránsito convencional que se produce á las doce —perdonen ustedes— á las veinticuatro, del 31 de diciembre.

Las fiestas de familia, los banquetes de amigos con que se suelen solemnizar esa noche y el día siguiente, son cosas ya tan consuetudinarias, que nada representan, por lo común, con relación al hecho que las motiva. Esa emoción por el escape de un año más; esas reflexiones y planes respecto del que empieza; ese exámen retrospectivo de la vida pasada, tópicos comunes de la literatura á que me refiero (ya sea de la destinada al público, ya de la que no pasa del círculo de la correspondencia privada), son pura retórica, lirismos hereditarios, pegadizos, que la mayoría de las veces no traducen, ni por pienso, un estado real del espíritu.

La fiebre de nuestra vida actual; la presencia de preocupaciones más inmediatas y punzantes; la misma repetición del hecho y, después de todo, su cualidad de pura abstracción convencional que choca con el orden efectivo de las cosas, hacen que el 31 de diciembre pase, como digo, para la mayoría de los hombres, sin que real y verdaderamente provoque en ellos un instante de íntima y serena introspección; ante la cual se despliegue el cuadro de la vida pasada y broten las reflexiones, no siempre agradables ni optimistas, que esa visión produce.

Un solo ejemplo bastará para demostrar mi afirmación. Entre las quejas más frecuentes en casos tales, está una que tiene ya la categoría de frase hecha: — ¡Cómo nos vamos haciendo viejos! ¡Quién volviera á ser joven!

Pues bien; esto no responde, casi nunca, á un pensamiento sincero de quien lo dice. Si se pensara realmente, recordando lo pasado, ¡cuántos no rectificarían la frase! ¡Volver á la juventud! ¡Y para qué?

Cuando se habla de juventud, las gentes sólo recuerdan—con ese romanticismo optimista propio de la memoria—los días felices, los juegos, las alegrías, la salud, la despreocupación de la vida.

Pongamos que así haya sido, borrando de golpe las experiencias de juventudes tristes, miserables, llenas de dolor y de miseria. Quedará todavía otra cosa de una importancia enorme y que suele olvidarse: la serie de luchas, de desengaños, de amarguras, de tanteos, de caídas, de equilibrios inverosímiles sobre la cuerda floja de la realidad, á través de los cuales se ha ido haciendo nuestra vida y hemos ido conquistando un sitio en el mundo, sitio más ó menos grande, más ó menos modesto, pero que es siempre un puerto de refugio, de descanso, de seguridad, y no sólo en la relación de las necesidades económicas—que á todos obligan,—sinó en la de la educación del espíritu (que es materia más grave), cuyas tormentas, para el hombre reflexivo, son de mayor trascendencia y utilidad.

Quien haya leído, algo más que por curiosidad, la autobiografía de Tolstoy, las confesiones y memorias de muchos hombres sinceros cuya gloria y fortuna admira el mundo, habrá visto cuán trabajosamente á través de qué heroicas luchas se forma la grandeza intelectual y moral de los escogidos. ¡Qué no será en la vida de los que, modestamente, han ido ascendiendo desde los estados inferiores de los primeros años, de la misma juventud, á la victoria de la madurez, en que el hombre que quiere saber algo y ser bueno, llega quizás á lo uno y lo otro, dentro de la limitación humana, después de dejar en el camino imperfecciones y miserias, tristezas y sangre que los arañazos del mundo hacen verter á los que no se abroquelan tras el egoísmo!

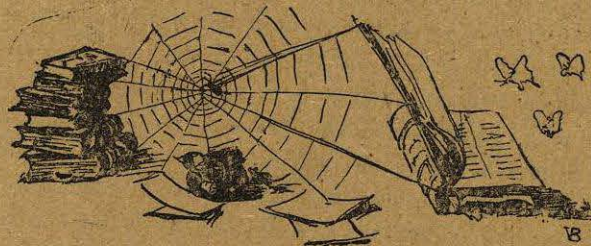
Que corra, que corra el tiempo; que se sucedan los años, permitiéndonos subir en la escala infinita que

separa al hombre racional, último término de una evolución fatigosa, de los comienzos de la vida, irreflexivos y dominados por la herencia de primitivas inferioridades.

No deseemos repetir el viaje, lleno de retrocesos y paradas. Y sigamos trabajando, avanzando, *mientras haya luz.*

III

MI PEREZA



Uno de los resultados más seguros y curiosos de la psicología moderna es el referente á la relatividad de las cualidades del espíritu ó, si se quiere, del carácter. No sólo se ha puesto en claro la complejidad suma de los caracteres individuales—que la psicología clásica tuvo por simples, rígidos y absolutos, cada cual en su especie,—sinó que se ha venido á demostrar, ya mediante la introspección científica, ya por las conclusiones de una serie de experiencias, que una misma cualidad varía en un mismo individuo según las circunstancias y según el excitante exterior. Tal ocurre, v. gr., con el miedo. Sin negar que *pueda* haber un

miedoso total—aunque sería muy difícil probar su existencia efectiva,—en los más de los casos sucede que los hombres tenidos por cobardes no lo son para todas las cosas; y que, por el contrario, hay muchos valientes, la mayoría, que lo son tan sólo en determinadas direcciones del valor. La literatura contemporánea —en que la psicología es elemento capital—conoce estos hechos y los ha utilizado más de una vez en la novela.

En cabeza propia vengo yo haciendo una observación semejante, todos los años. Por educación, quizá también por temperamento soy activo, más bien diré impaciente, rayano en ocasiones con lo febril. En mi vida ordinaria trabajo siempre, todos los días, no dejo nada para el siguiente (como no sea por exceso de materia y falta de tiempo), y apenas he terminado de hacer una cosa, ya estoy buscando nueva ocupación para mi espíritu. Pasar una hora tan solo, de las destinadas al trabajo, charlando, es para mí inconcebible; no tengo pereza para salir de casa diez veces al día, si es preciso para mis labores, y las visitas, cuando estoy trabajando, me irritan sobremanera. (Escuso decir que no hay, en nada de esto que digo, el menor sentimiento de vanidad, ni de alabanza. Me limito á consignar un hecho que, además, para muchos hombres, constituye un vicio, ó poco menos. ¡Cuántos me han censurado ese afán, á su parecer inútil, ó se han reído de él so pretexto de que no es así como suele medrarse!)

Pues bien; en cuanto rompo con mi vida ordinaria — que vá desde mediados de septiembre á fines de junio, — y empiezo el veraneo, soy otro hombre. La pereza me invade, se apodera de mí y me corta la actividad para todas aquellas cosas en que más activo soy desde el otoño á la primavera. No sé qué clase de fenómeno se producirá allá en mi cerebro, pero el efecto es como si

de pronto, una nube envolvese todas las sensaciones, todas las ideas, todos los apetitos del vivir ciudadano. Todo lo veo esfumado, á enorme distancia *en el espacio y en el tiempo*, y sin eficacia sobre mí. De golpe, pierde todo su interés para mi espíritu lo que hasta entonces le ha interesado vivamente; tengo pereza de pensar en ello, y me desagrade que me obliguen á dedicarle la menor atención.

Nótese que esto se produce en mí espontáneamente y, por tanto, sin la menor violencia. No es el fruto deliberado de un plan higiénico, de la voluntad de querer abrir un paréntesis en mi vida intelectual, de someterme á un plan de descanso, como pudiera hacerlo á un regimen de aguas minerales. Al contrario; yo quisiera ser de otro modo; continuar, aunque atenuada, mi vida de los meses anteriores, dedicarle unas horas cada día y dar el resto á la Naturaleza. Pero no puedo.

El correo me trae, día tras día, libros, periódicos, cartas. Por movimiento instintivo, rompo fajas, abro sobres con cierto afán, con curiosidad irritada; más apenas me entero de lo que cada cosa es, la dejo nuevamente sobre la mesa, sin leerla, aunque el asunto me interese mucho de ordinario. Suelo también traerme cajones de libros, (de los que no hubo tiempo, ni aún de cortar, durante el invierno), con ánimo de dedicarles aquí algunas horas. En la intención queda el propósito.

Entonces, ¿qué hace usted? me preguntará el curioso lector. ¿Tumbarse á la bartola y fumar cigarrillos? Nada de eso. Mi *pereza*, —fenómeno periódico en mi espíritu, —es relativa. La experimento tocante á mis ocupaciones ciudadanas, incluso la de salir en busca de otros hombres para hablar con ellos de los afanes de la vida, de las preocupaciones que producen los problemas científicos y sociales. Soy poco comunicativo durante el verano. Pero en cambio, soy todo actividad

en cuanto á la Naturaleza. Mi actividad es doble: de ambulante, en escursiones largas, en paseos errabundos, en exploraciones á lo largo de la costa acantilada, en las horas de las grandes bajamares; contemplativa, de vigorosa elaboración intelectual que no sale al exterior, ante los espectáculos siempre grandiosos,—ya sean sus líneas amplias, ya muy reducido su círculo,—de esta Naturaleza siempre nueva y sugestiva.

Ya en otras ocasiones he hablado, aquí mismo, de mi costa, de mis montes asturianos; de este mar atormentado y traidor, que cambia de colores á cada hora; de esta ría espléndida, que desarrolla ante la terraza cerca la cual escribo, su amplia llanura azul, recordatoria de los lagos suizos, limitada por rientes laderas en que todas las tonalidades del verde se avivan y apagan de momento en momento, según el juego variado de las nubes y el sol.

No, no me habéis aquí de las cosas que en la ciudad me ocupan. Soy otro hombre. Soy un *perezoso*. Pero si gustáis de estas otras que Natura dá aquí á manos llenas, seguidme y vereis cuan activo soy en la nueva vida que invariablemente inauguro en junio y cierro en septiembre.

Mas presumo que el lector vá á contestarme con una objeción, al parecer, muy lógica, acompañada de cierta sonrisilla que arguye incredulidad:

—«Si de tan radical modo rompe usted con sus hábitos de los meses otoñales, invernales y de primavera ¿por qué escribe este artículo? La inconsecuencia es evidente; y ella me hace presumir que todo eso de su pereza es pura *literatura*.»

No lo es, amigo lector. Pero en esto del artículo has de ver dos cosas: confirmación de aquel principio de la relatividad de las cualidades, y comprobación de que los hombres somos irremediabilmente sociables y ami-

gos de contar lo que nos pasa, aun á aquellos á quienes nada importa.

Y para contarlo, cada cual escoge el medio que está más en sus costumbres.

IV

MÚSICA



En un rincón de provincia como éste, plácido, tranquilo, muy apartado del centro, y de población relativamente corta, no se ofrece á diario la posibilidad de oír buena música, esa música que necesita, para su ejecución, grandes masas orquestales ó exquisitos virtuosos. Vacío semejante en nuestra vida espiritual ha sido, durante largos años, motivo constante de quejas y conversaciones íntimas, cuando apuntaban en éstas los *desiderata* en que melancólicamente viene siempre á caer el hombre, por muy satisfecho que se halle con el círculo y el modo de vivir que le han tocado en suerte.

Los que no se contentan con añorar, buscaban sucedáneos para satisfacer la necesidad sentida; y ora poniendo á contribución el piano, en casa de algún artista amigo; ora organizando conciertos en el Casino y conferencias musicales en la Universidad, hemos ido, modestamente procurando cumplir, lo más al pie de la letra que podíamos, aquel sabio consejo que Goethe da en su *Guillermo Meister*: «Deberíase oír todos los días un pequeño *lied*, leer una buena tirada de versos, ver un excelente cuadro y, si esto fuera posible, decir algunas frases razonadas». De esta elemental y casi doméstica satisfacción del filarmonismo, hemos salido al fin, gracias al arranque de unos cuantos aficionados que, movidos por el ejemplo de Bilbao, Barcelona, Madrid y alguna otra capital, comenzaron por traernos un buen cuarteto y han acabado por arrastrar á las gentes á la formación de una sociedad musical con la que pueden intentarse grandes empresas. Por de pronto, y durante unos días, hemos vivido en la compañía ideal de Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Brahms, Mendelshon... y para mi espíritu ha sido como si se borrara de pronto un largo transcurso de tiempo y volviesen á correr, perdida la conciencia del intervalo mediado, los años de juventud, nutridos de arte y de poesía.

¡Diré que este nuevo encuentro ha sido como el encuentro con viejos amigos, de quienes hemos estado alejados lustros y lustros y cuya aparición rememora días que ya no tienen iguales en los días presentes? La comparación está en el orden de los tópicos comunes; confieso, además, que se me ha ocurrido. Pero es inexacta: y si de ella hablo, es para deshacer el equívoco, la semejanza aparente que hay entre ambos hechos. Porque los viejos amigos, con quienes rompisteis relación hace años, al disolverse las alegres y esperanzadas compañías de las aulas, y que han seguido des-

arrollando su espíritu (ó lo han estancado) en otros medios sociales que el vuestro, suelen proporcionar desencuentros crueles. Cuando ibais juntos, hablábais todos el mismo idioma, os entusiasmaban los mismos ideales, os hacían vibrar iguales anhelos y sentimientos análogos, y ahora, cuando los volveis á encontrar, fuera del recuerdo romántico, de la estimación personal que perdura tal vez, halláis que sus palabras ya no producen eco en vosotros, que no hay entre ambos aquella ecuación perfecta que antes hubo, y sentís impresión análoga á la que produce el derrumbamiento de un ídolo. La vida os ha separado, y difícilmente os volverá á unir con esa unión íntima que formaba el encanto de vuestras pandillas juveniles.

Y estos hombres que ahora he vuelto á encontrar después de muchos años de ausencia, no son así, sino muy de otro modo. Me hablan hoy como me hablaban entonces, y aún me dicen más cosas y de más elevación; ó mejor, es que yo sé leer é interpretar sus voces con más profundo sentido; pero no me suenan, ni á caducos, ni á nuevos. Son cosas mías, que resurgen en mi espíritu, que reconozco, y en que no advierto, ni discordancia con la memoria que dejaron, ni señales ó estancamiento de vejez. Sin violencia, como por cauce conocido y limpio de obstáculos, discurren por mi alma, que no se asombra de que á ella vuelvan, ni tiene que hacer esfuerzos para identificarlas; y á la vez, mansamente, como en los *ricorsi* que vislumbró Vico, se va repitiendo toda mi vida pasada, en serena proyección que me llena de alegría franca y animadora.

Aún sin esto, la música produce, en todos los que verdaderamente la sienten, un gran efecto reconcentrador. Es de todas las artes la que más nos llama á nuestra intimidad propia, la que más nos hace entrar en nosotros mismos y nos abisma en nuestra concien-

cia. Cualquiera otra, nos dirige á soñar con el mundo exterior, las más de las veces; ésta, en todo momento conduce nuestros sueños hacia el mundo que llevamos en lo interior y nos pone frente á los aspectos más escondidos, menos familiares, de nuestra persona. Y así, el divagar del espíritu mientras oye música, no es divagar que distrae, sino que corre pareja con las impresiones que le vienen de afuera, comprendiéndolas mejor, haciéndolas más suyas á medida que él se desarrolla y afina.

Por eso creo que la música es el más adecuado remedio moral para uno de los peligros mayores de nuestra civilización presente: el exteriorismo. El ritmo acelerado, febril, de nuestra vida de ahora; la sucesión interrumpida de quehaceres sociales; la complejidad creciente de las relaciones entre los hombres; el sinnúmero de cosas cuya realización en el mundo nos solicita y atrae, todo es, para la mayoría de nosotros, motivo de apartamiento de nuestra intimidad personal. Carecemos de tiempo para hablar con nosotros mismos á fuerza de tener que hablar con los demás. Como apenas descansamos, ni tenemos minutos de no hacer nada, nos faltan para hacer lo que más nos importaría, que es introspección calmosa y sesuda. La voz de alarma que ya se ha levantado por la pérdida del hogar, de la vida de familia, de la intimidad doméstica, aún debería ser más aguda por la pérdida de esa otra intimidad que hasta los más espirituales—no siendo de los que por profesión se dedican á ella, en el campo de la filosofía—rara vez practican. La música restaura ese orden esencial del vivir humano. Dentro de nuestras ocupaciones mundanas, abre un paréntesis al exteriorismo; y con su lenguaje vago, susceptible de tantas interpretaciones como espíritus que lo escuchan, nos deja conversar con nosotros mismos y de nuestras propias cosas. Quizá de ahí procede esa dulce tristeza, esa preo-

ocupación melancólica en que quedan las almas elevadas después de oír cualquier obra maestra de un Beethoven, de un Haendel, de un Wagner...

Y digo que para esto es la música el remedio mejor, porque es el que más efecto produce en los más de los hombres. La soledad reposada trae la misma consecuencia, pero no en todos los casos. Hay pocos hombres que sepan estar solos, porque hace falta una gran energía, un depósito considerable de fuerzas, para no claudicar cuando no tenemos á mano, espolcando nuestro espíritu y dándole punto de apoyo, otro espíritu que interroga, que sugiere, que excita á la respuesta y, por lo tanto, al pensamiento. Las más de las gentes, se aburren solas ó, como dice el vulgo, diciendo muy bien, cuando «no tienen con quien hablar». Los que eso dicen, es que no saben hablar consigo mismos, ó no hallan en su conciencia jugo bastante para alimentar la actividad de su cerebro. Si lo hallasen ¡cuán acompañados se encontrarían en esos contados momentos en que el mundo los deja solos! Caminar sin compañía á lo largo de una carretera, por los caminos tortuosos de un bosque de castaños ó pinos; dar de igual manera esos apacibles paseos de alrededores provincianos, en que apenas hay á quien saludar con los buenos días; ¡qué ocasiones tan abonadas para el soliloquio, en que somos nosotros, juntamente, sugeto y objeto! Los que saben monologear así ¡cuánto deben á la apacible soledad con que brinda á menudo la vida monótona de los rincones tranquilos!

La música tiene la ventaja de que trae al mismo resultado, á no pocos espíritus que flaquearían ante esa prueba de la soledad. Juntamente, los aísla y los espolca; les pregunta y les deja en libertad de contestar dentro de una gama amplísima de contestaciones, porque su pregunta no es de cosas concretas, sino de vaguedades preñadas de contenido completo, que cada cual

ve bajo un aspecto diferente. Y ¡desdichado el que ni aún así revierte á su propio fondo!

De todos los autores de música pura, quizá es Beethoven el que más se presta á semejante efecto. Ninguno tan humano, tan psicológico como él. Del *Don Juan*, de Mozart, ha podido escribir Farinelli: «Las obras maestras de escultura de nuestro Renacimiento, no tienen perfiles más nítidos y marcados que los que resaltan en esta pintura psicológico-musical de Mozart... Los caracteres son, en esta ópera, humanos, profundamente humanos, descritos y esculpidos en cada una de sus frases, en cada gradación de sus sentimientos. La fusión del elemento dramático-musical, alcanza en Mozart aquella perfección á que es imposible imaginar llegue artista alguno. Con la mirada límpida y serena de un Goethe, con la profundidad de un Shakespeare, Mozart ha estudiado sus caracteres y ha infundido en ellos la vida». Pero en su música *pura*, el gran autor del *Don Juan* no produce el mismo efecto psicológico. Sus cuartetos, sus composiciones *di camera* en general, sus mismas obras sinfónicas, aun siendo *expresivas*, no evocan situaciones dramáticas, no hacen oír tras de sus melodías y armonías, la voz de un alma que sufre, que rie, que duda, que interroga, la inquietud de un espíritu agitado por los problemas de la vida y de lo futuro. Para encontrar esto en Mozart, hay que dar un salto de sus óperas á su música de iglesia. Todo lo otro es de una serenidad tan grande, que no parece tener base de pensamiento que no sea exclusivamente musical; y con esto, deja al oyente en una determinación casi absoluta para el comentario, que, por lo común, tiende á salir del campo del análisis psicológico para quedar en el vago ensueño, libre y errabundo, que producen muchas veces los paisajes de grandes líneas, pobres en notas humanas, ó las solitarias extensiones del mar.

Beethoven, por el contrario, sigue siendo psicológico en su música *di camera*. Siempre se ve en él al hombre: y cada una de sus notas parece hablarnos de algo que responde á nuestras preocupaciones y luchas diarias. De cierto sabemos que no pocas de sus obras de aquel carácter (v. gr., cuarteto 16, el «canto lidio», etcétera) están inspiradas en temas intelectuales, son verdaderas expresiones de tésis; pero aún en las que no nos consta que tuvieran génesis semejante, nuestros espíritus de hombres modernos escuchan, tras los sonidos de la cuerda ó del piano, fragmentos de monólogos, de meditaciones filosóficas y psicológicas que se enlazan con las nuestras habituales y las evocan enérgicamente.

Tal es, al menos, el efecto que á mi me produce siempre la música de Beethoven. Por eso doy gran valor á esta observación crítica de Bourgerel: «Lo que hace tan punzante, tan dolorosa, la obra de Beethoven, es que su serenidad se halla constantemente turbada por la añoranza de esa misma serenidad... La más pura de sus melodías, contiene todo un drama... Sus frases de belleza tranquila y armoniosa, son quizá las más emocionantes.» Y hé ahí por qué decía yo que Beethoven es el músico más á propósito para provocar el *intimismo* que la música lleva en sí siempre, pero que será tanto más intenso cuanto mayor psicologismo tenga el autor. Cuando oigo algunas de sus obras, me acuerdo, por oposición, de aquellas palabras que Guillermo Meister decía al anciano arpista que encontró en su camino:

—«Cantadnos uno de esos cantos que alegran el espíritu, el corazón á la par que los sentidos. El instrumento sólo debe acompañar á la voz. Las melodías, los acordes, los trinos sin palabras y faltos de sentido, me causan el efecto de esas mariposas ó de esos pájaros de brillante plumaje que revolotean por el aire y no nos

inspiran más deseo que el de aprisionarles y guardarles cautivos; mientras que el canto se eleva como un serafín á los cielos y despierta en la mejor porción de nuestro yo, la necesidad de ascender á él.»

Solo que ni los cantos de Beethoven suelen ser alegres—como no lo es nuestro espíritu moderno—ni podría hoy sustentarse la teoría goethiana en punto á la relación que debe existir entre el canto y el acompañamiento.



Notas de turista

I

DESDE LA COSTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Codo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A medio kilómetro de mi *chalet*, el Nalón vierte sus aguas en el mar, acumulando día tras día las arenas de su lecho sobre la barra, que la baja marea recubre con una cinta anchísima de blanca espuma. A la derecha, los mismos arrastres del río han formado playa, desigual y revuelta á trechos, pero aún así, excelente para baño. Su dorado piso, que brilla al sol, aparece manchado aquí y allá, por la carbonilla con que van ennegreciendo el río los cotos mineros de los valles altos. A la izquierda, la costa es bravía: acantilada en unos puntos, pedregosa en otros, y llena de escollos que, á ciertas horas, emergen sus aristas del agua azul, verde, gris, negra ó enrojecida por el sol poniente. El arte de los hombres ha comenzado á levantar, al comienzo de esa ribera, un murallón gigantesco, que cubrirá la ría de los mares del NO, y desplazará la barra del sitio que hoy ocupa, ensanchando el canal para que penetren con holgura los barcos de gran porte. A bloque perdido,—bloques de muchas toneladas, que los flotadores lanzan en pleamar,—han ido ganándose